

sideraciones para su estudio») intenta realizar una «primera tipología» de los silos altomedievales de Galicia. Aspira con ello a una reflexión sobre el papel de estas estructuras dentro de la economía agrícola y las estructuras sociales y de la propiedad. El artículo se centra fundamentalmente en el caso de Santiago de Compostela, pero no olvida el resto del ámbito rural.

Por último, cierra el volumen el texto ya citado de Leonor Peña Chocarro et al., con un enfoque etnoarqueológico sobre el Norte de Marruecos que tiene un especial interés. Este radica, por una parte, en la potencialidad de cara a la interpretación del propio registro arqueológico y de sus ausencias. En este sentido, supone una importante posibilidad de ampliar nuestras perspectivas de análisis. Su trabajo muestra bien a las claras la variabilidad y complejidad de las estrategias campesinas en función de diferentes factores. Por otra parte, la documentación de estos saberes es una tarea cada vez más urgente «ya que muchas de las prácticas tradicionales que han per-

vivido durante siglos están desapareciendo delante de nuestros ojos» (pág. 215).

El libro presenta una homogeneidad no solo en cuanto a los temas, sino sobre todo en cuanto a las problemáticas planteadas y en buena parte de las conclusiones a las que llegan los investigadores desde distintos enfoques y en diferentes contextos geográficos. Esta circunstancia resulta especialmente llamativa y da idea de las tendencias históricas que tienen lugar en Europa en el proceso de formación del feudalismo a lo largo de la Alta Edad Media. El reto planteado es, cuando menos, difícil. Los problemas comunes de interpretación y de datación, así como la fragilidad y fragmentariedad de los datos, ya sean materiales o de las fuentes escritas, muestran a las claras esta dificultad. Sin embargo, el planteamiento de las preguntas adecuadas y el tratamiento correcto de los datos, muestran estimulantes vías de análisis histórico.

José M^a Martín Civantos

Universidad de Granada

Josep Torró y Enric Guinot, eds.

Hidráulica agraria y sociedad feudal. Prácticas, técnicas, espacios

Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2012, 285 páginas

El libro que se reseña a continuación reúne las ponencias presentadas en el coloquio «Hidráulica i societat feudal. Pràctiques, tècniques, espais» celebrado en Valencia en junio de 2007. Las distintas aportaciones gravitan en torno a una pregunta que los editores plantean en la introducción: «¿existe una hidráulica

agraria feudal?». Los propios editores subrayan de entrada que la cuestión tal vez no habría sido ni siquiera planteada sin las investigaciones que a partir de la década de los ochenta desarrollaron el profesor Miquel Barceló y los miembros de su equipo desde la Universitat Autònoma de Barcelona en relación a la caracterización y con-

ceptualización de los sistemas irrigados de al-Andalus, unos trabajos centrados, sobre todo, en las Baleares, Levante y Andalucía occidental. Más allá de una mera descripción técnica de los instrumentos relacionados con la captación, el transporte y la distribución del agua, una tarea por otro lado imprescindible, la investigación se insertaba en el contexto que daba inteligibilidad a las sociedades que construyeron los artefactos: cuándo, cómo y porqué. Para atender a estas cuestiones se desarrolló una metodología, la «arqueología hidráulica», un conjunto de técnicas para describir cualquier sistema hidráulico, sea cual sea el contexto social o cronológico.

Josep Torró y Enric Guinot señalan en la introducción la centralidad del señorío en la configuración de la hidráulica agraria, tanto en las regiones feudalizadas como en las que fueron objeto de la conquista feudal. Señores y concejos urbanos impulsaron obras hidráulicas de gran envergadura en relación con la construcción de molinos, el abastecimiento de grandes huertas urbanas o los trabajos de drenaje de zonas húmedas en el proceso de roturación de nuevos espacios agrarios. Una hidráulica, en definitiva, capaz de romper los límites de los sistemas que las comunidades campesinas habían construido y habían mantenido durante generaciones.

Entre otras consecuencias, el proceso de feudalización que afectó a las regiones de la actual Europa occidental y central, supuso el dominio y control del espacio en todos sus componentes físicos (bosques, pastos, aguas) y, evidentemente, la subordinación de las sociedades que lo habita-

ban. El dominio no se limitaba a una mera apropiación de recursos, sino que impuso unas determinadas pautas en la organización del trabajo campesino, sustituyendo, modificando o subvirtiendo aquellas que las distintas comunidades mantenían de forma ancestral. Estos cambios tuvieron un reflejo, cómo no, en las formaciones sociales, pero también en el paisaje rural y, por supuesto, en los espacios hidráulicos. En lo que se refiere a al-Andalus, el libro refleja en qué medida la conquista feudal fue capaz de modificar los sistemas hidráulicos andalusíes, en la morfología, pero también y muy especialmente en las formas de gestión de los espacios agrarios.

En su artículo sobre la Catalunya condal, Helena Kirchner muestra la existencia de una hidráulica campesina de pequeños espacios en fondos de valle dedicados a huertos domésticos y policultivo, y de algunos molinos de gestión y usufructo colectivo. A partir de finales del siglo X, la aristocracia feudal y, en concreto, el cenobio benedictino de Sant Cugat del Vallès fue apropiándose del espacio, de los molinos y las aguas mediante distintos instrumentos jurídicos de recepción bajo sanción notarial (donaciones piadosas, testamentos, compras, ejecución de hipotecas, permutas). Desde este instante, las grandes instituciones religiosas y solares nobiliarios (entre los que figuraban la casa condal o real) y más tarde los consejos municipales (siempre en manos de las oligarquías urbanas) promovieron, ya a partir de finales del siglo XI y en los siguientes, la construcción de grandes obras hidráulicas, que tuvieron un fuerte impacto en el paisaje: largas canali-

zaciones (los veinte kilómetros de la acequia de Manresa o los nueve del canal de Puigcerdà son buenos ejemplos). La finalidad no era crear áreas de regadío desde su origen, sino transportar el agua hacia los centros urbanos para promover cultivos especulativos, construir molinos o abastecer necesidades artesanales (batanes, herrerías). Estas obras obedecían a una planificación y eran concebidas como inversiones para generar rentas e ingresos mediante la concesión de los molinos, parcelas o turnos de agua. Con las concesiones se traspasaba también la responsabilidad del mantenimiento de la red.

El artículo de Karine Berthier sobre el abastecimiento de la nueva abadía de Cîteaux (Borgoña) muestra la ejecución de unos procedimientos muy parecidos. Los abades y priores de la nueva comunidad promovieron una obra de gran envergadura: desviar un curso fluvial para construir un canal de diez kilómetros, que requirió levantar incluso un puente-acueducto. La canalización se terminó en 1221 y tuvo un gran impacto sobre el paisaje: cambió la morfología parcelaria, se eliminaron molinos ya existentes y se construyeron otros nuevos en el curso del canal. La construcción de éste, como en el caso catalán, transformó los sistemas anteriores y pudo realizarse gracias a la complicidad de los duques de Borgoña, al consentimiento (no sin disputas previas) del cabildo de la catedral de Langres y también a través de compensaciones a los particulares por los perjuicios que la nueva obra suponía a sus intereses. Mediante la recepción por donación o compra la abadía acabó poseyendo casi la

totalidad de las tierras por donde pasaba el nuevo canal. Sin duda, era la fórmula más propicia para evitar conflictos posteriores.

Aunque en un medio absolutamente distinto, el trabajo de Jean L. Abbé sobre el drenaje de las áreas lacustres del Languedoc muestra un proceso cuyas soluciones técnicas difieren absolutamente en relación a lo expuesto hasta ahora, pero con unos efectos muy similares socialmente. La región mediterránea entre el delta del Ródano y los Pirineos se caracteriza por la existencia de extensas áreas palustres litorales de origen diverso. Lejos de constituir un paisaje inhóspito, estas áreas ofrecían un abanico de recursos a las comunidades campesinas que las gestionaban y compartían: caza, pesca, recolección de frutos y materias primas y sal. La apropiación feudal de estos espacios comunales propició la constitución de reservas para el uso y pagos para el disfrute de los recursos: en la segunda mitad del siglo XII se constata la reserva en la extracción de sal por el cabildo de la sede arzobispal de Narbona. Más allá de esta intervención hubo otra con un gran impacto en el paisaje. La aristocracia que había dispuesto el reparto de la señoría de la región empezó, a partir del siglo XII, a promover grandes obras hidráulicas para desecar lagunas y estanques mediante técnicas de drenaje y avenamiento y convertirlas en parcelas de cultivo, lo que indica una orientación económica muy distinta a la existente hasta entonces. Ello exigía la planificación y ejecución de complejas soluciones técnicas en las que, a diferencia de las anteriores, el transporte del agua buscaba expulsar el agua y no abastecer un

centro. Como antes, los gestores de estas obras tuvieron que llegar a menudo a acuerdos con los propietarios de las parcelas de las orillas de las lagunas. Esto sucedió en el drenaje de la Marseillette (Aude), cuyas obras convirtieron la laguna en unas dos mil hectáreas de cultivo. Las nuevas parcelas acogieron también nuevos cultivos, que generaban rentas e ingresos desde el momento de su concesión a los agricultores o gestores, los cuales tenían que correr con la responsabilidad de mantener la red hidráulica que hacía posible su funcionamiento.

Parece evidente, pues, que el orden feudal generó una hidráulica acorde con los intereses señoriales y oligárquicos. En este sentido, los procesos de conquista feudal de Al-Andalus tuvieron también un reflejo manifiesto en una nueva hidráulica. Las sociedades campesinas andalusíes habían desarrollado variados sistemas de gestión del agua cuyo denominador común había sido la irrigación de pequeños huertos destinados al consumo doméstico, así como el abastecimiento de las huertas urbanas y de las propias ciudades. Con la conquista y el proceso de sustitución de la población (más o menos completo, según las zonas) la nueva sociedad feudal generó una nueva hidráulica, cuyos patrones ya se han expuesto. Las obras adaptaron, transformaron o modificaron la hidráulica andalusí existente, pero también se crearon espacios agrarios de nuevo cuño en áreas donde no los había.

Los estudios de C. Laliena y J. Ortega sobre Teruel, y de E. Guinot y S. Selma sobre Vila-real, en la plana de Castellón, cerca

de la antigua villa andalusí de Borriana, muestran la configuración de dos nuevas villas que se levantaron en sendas áreas donde la estructura del poblamiento andalusí había sido muy diferente. En ambos casos, la concesión de una carta puebla impulsó un acelerado proceso de colonización gracias a una notable aportación cristiana originaria de las regiones feudalizadas del norte. Teruel entre 1170 y 1230 y Vila-real a partir de 1270 y durante las primeras décadas de la siguiente centuria se dotaron de una compleja estructura hidráulica formada por diversas redes de canales y acequias (de varios kilómetros de longitud) que alimentaban sistemas de molinos, regaban las parcelas de las huertas acondicionadas a partir de entonces (las tres partidas de huerta en Vila-real sumaban en torno a 2.100 hectáreas) y abastecían de agua las necesidades de las respectivas villas. En los dos casos, la oligarquía urbana, las casas nobles que se beneficiaron del repartimiento y las instituciones religiosas ubicadas en el entorno urbano promovieron estas obras con el fin de obtener rentas a través de los establecimientos agrarios sobre parcelas, la concesión de molinos y la venta de agua, además de asegurar el mantenimiento de la red por parte de los propios usuarios. No hay duda de que, más allá de la huella sobre el paisaje, la nueva red hidráulica tenía por finalidad promover cultivos especulativos, según la demanda de la sociedad feudal, tales como viñedos, cereales, frutales y plantas textiles que abastecían los mercados, también controlados por las élites locales, cerrando así el círculo del negocio.

Otra forma de generar nuevos espacios agrarios a través de obras hidráulicas en zonas de conquista fue la roturación de áreas palustres, como muestra Josep Torró en su estudio sobre los marjales de Morvedre (la actual Sagunto) y Almenara, con el fin de abastecer de tierra a una población que crecía a un ritmo acelerado. Parece indudable que la recepción de colonos se vio favorecida por la posibilidad de ofrecer agua para regar y parcelas para cultivar. Se modificaron las redes de acequias para ampliar los espacios irrigados y se pusieron en marcha los trabajos para desecar las áreas litorales de marjal mediante el drenaje y avenamiento de sus aguas y convertirlas en parcelas de cultivo. Entre los dos sectores de marjal estudiados por Torró se ganaron unas cuatrocientas hectáreas, lo que permitió repartir tierra a un buen número de agricultores, entre cien y doscientos en las últimas décadas del siglo XIII y las primeras del XIV. Este proceso afectó poderosamente al medio y la biodiversidad, y supuso el paso de unos aprovechamientos ancestrales de caza, recolección y pastos para ganadería mayor, a cultivos especulativos de viña, cereal, frutales y lino, según los intereses de la oligarquía dirigente.

El artículo de Marta Monjo sobre la red hidráulica de Aitona (en la ribera del Segre al sur de Lleida) pone de relieve una notable pervivencia de la población andalusí después de la conquista cristiana. La documentación de la segunda mitad del siglo XII contiene indicios de la existencia de una red de acequias, posiblemente la misma que muestra un *cabreve* del siglo XV (o en todo caso, escasamente modificada).

La superficie de huerta, adyacente al actual núcleo de la villa de Aitona, podría estar en torno a las cuarenta y cinco hectáreas. Se trata de un sistema, ya en uso en el siglo XI, de dimensiones superiores a los de la mayoría que han sido estudiados. Esta característica podría explicarse por el escaso desnivel de la zona (solo veinte metros en veinticinco kilómetros) y al hecho de haber sido compartido por diversos asentamientos en época andalusí. Los conquistadores modificaron muy poco el sistema hidráulico, tal vez, según la autora, por la permanencia de una población andalusí que, con su trabajo, aportaba un notable caudal de renta a la señoría, Montcada y, en menor medida, el Temple.

Las dos últimas contribuciones del libro se centran en Granada. José M. Martín Civantos describe de forma muy detallada los sistemas de riego de Guadix y el Zenete, en la cara norte de Sierra Nevada. Las soluciones técnicas empleadas eran muy complejas con el fin de aprovechar al máximo las aguas del deshielo y conducir las hacia las vegas. Estos sistemas, según todos los indicios de origen andalusí, no fueron objeto, al parecer, de grandes modificaciones en su estructura técnica por los conquistadores castellanos, aunque el artículo profundiza poco sobre el impacto de la conquista. Por su parte, M. Carmen Trillo San José pone de relieve la normativa islámica y las costumbres en el uso y la distribución del agua, cuya finalidad era regar las huertas de las comunidades campesinas o abastecer la huerta adyacente a la ciudad y llenar los aljibes para abastecer de agua al núcleo urbano (fuesen edificios de carácter

público o gubernamental, fuesen pequeños huertos contiguos a las casas). Esta concepción obedecía a las necesidades del consumo doméstico y reflejaba una sociedad escasamente polarizada. Con la conquista castellana los sistemas hidráulicos se ampliaron para dar respuesta a la demanda de cultivos especulativos (como la caña de azúcar y la morera, entre otros) y también para abastecer a una población urbana en crecimiento. Se encareció el agua y, con ello, apareció la especulación en la distribución de los turnos y las concesiones.

El libro, en definitiva, supera ampliamente las descripciones de los recursos y soluciones técnicas en torno a los aprovechamientos del agua. Algunos artículos, unos más que otros, reconstruyen de manera muy detallada los distintos sistemas,

pero ante todo, contextualizan socialmente los artefactos. A mi modo de ver, además, responden afirmativamente a la pregunta formulada por los editores en su introducción sobre la existencia de una hidráulica feudal. Señores y oligarquías urbanas impusieron unos criterios distintos a los de la hidráulica campesina previa; lo hicieron de una forma planificada, a través de distintos y variados recursos técnicos y obedeciendo a unos objetivos acordes con sus intereses sociales y económicos. Y estas pautas las trasladaron e impusieron en las regiones de al-Andalus que iban incorporando por conquista. Existe, pues, una hidráulica feudal.

Antoni Virgili

Universitat Autònoma de Barcelona

Piet van Cruyningen y Erik Thoen, eds.

Food supply, demand and trade. Aspects of the economic relationship between town and countryside (Middle Ages-19th century)

Serie CORN, n° 14

Turnhout, Brepols, 2012, 215 páginas.

A pesar del retraso que media entre la celebración del seminario que discutió los diferentes trabajos presentados (1999) y su publicación (2012), paliado con las revisiones parciales que se realizaron en el intervalo, este volumen colectivo tiene un indudable interés, ya que reúne una serie de aportaciones que analizan los sistemas de abastecimiento urbano en distintas regiones de Europa occidental, principalmente Inglaterra y los Países Ba-

jos, y los efectos que estas relaciones tienen sobre las estructuras agrarias de los entornos rurales respectivos. El marco cronológico abarca un amplio trecho que se extiende entre los siglos bajomedievales y fines del siglo XVIII. Incluso el trabajo de M. Kopsidis sobre Westfalia alarga el trecho hasta las postrimerías del siglo XIX.

Aunque la temática abordada está vinculada a la dinámica del abastecimiento de los mercados urbanos y el impacto que tie-